

VOTO EN LA CAUSA DE GREGORIO FARFAN, SOBRE
HABER QUEBRANTADO LA CONSTITUCION EL
ALCALDE CONSTITUCIONAL Dn. ANTONIO
OCHOA, EN LA CAUSA QUE SE LE SIGUE
SOBRE UXORICIDIO È INFANTICIDIO

Señor:

El ministerio del señor Fiscal, y los señores que me han precedido convienen en que la Constitución se ha quebrantado en diversos artículos. Los más asignables son el 287, 290 y 293, capítulo 3. Este hecho justificado y no combatido, no capaz de combatirse, es la base en que elevo los más sólidos raciocinios.

Se quebrantó la Constitución en un juicio criminal. ¿Esta acción es justa, es indiferente, o constituye un crimen? Se me ha de contestar que es un delito. No confesarlo era no admitir el artículo 244, capítulo 1º que determina se guarde el orden y formalidad de los procesos. El 354, que hace personalmente responsable a los jueces de la falta de observancia en las leyes que arreglan el proceso en lo civil y criminal; y sobre todo el artículo 299 del capítulo 3º; todo en el título 5º que hablando de los juicios criminales, declara que el Juez o el Alcalde que faltaron a los artículos precedentes (están incluidos los quebrantados por Ochoa) serán castigados como reos de detención arbitraria. Estas verdades de derecho deducidas del hecho nos impiden detenernos en la causa, ni concluir las materias con un apercibimiento o multa.

Si nos desentendemos, perjuremos contra el artículo 279, Capítulo I, Título 5, que dice: los magistrados y jueces juren guardar la Constitución y las leyes, y además la real Orden que nos previene que los delitos de quebrantamiento de Constitución sean los primeros que ocupen nuestra atención y despacho. No somos ya árbitros a cortar, porque están señaladas las causas que no merecen proceso.

No podemos salir del caso por una multa pecuniaria, porque ésta es una pena, y no se puede irrogar sin formalidades de juicios: lo que si ejecutamos, quebrantamos por nuestra parte muchos capítulos de la Constitución, y nos hacemos reos iguales o peores al que tratamos de juzgar. Además que la multa nunca debería ser la pena de este delito. La pena debe ser emanada de la naturaleza del crimen, y las pecuniarias serán buenas para las usuras y simonías: el pensamiento es de Montesquieu.

La calidad del crimen y su grado es fácil examinarse. El delito es mixto del privado y del público en cuanto al daño del primer orden, porque mira a la injusta prisión de un ciudadano, privándole la libertad antes de tiempo, y no oyéndole en las horas prevenidas; en cuanto al otro de segundo, porque los más sabios criminalistas modernos ponen la injusta prisión de un individuo como un crimen que sigue a la rebelión y sedición. Ya todo hombre es parte de la soberanía, y en cierto modo su ofensa es un crimen de majestad. Ya no se diferencia la prisión injusta del grande, de la del infeliz a quién se le arranca de su cabaña. Ya todos los hombres son libres, y tienen derecho de defender su libertad.

En este delito mixto del público y privado debe notarse una circunstancia agravante; es el escándalo, es el desprecio de una ley sagrada; es la desconfianza en que entra el público al ver impunemente quebrantada la Constitución, redentora de la prisión y arbitrariedad antigua; es el desconuelo con que han de oír los desvalidos, que no se castigan los malos jueces, y que continúan en la clase de tiranos; es el aliento que se le da a la magistratura para que disponga a su antojo de la persona y de la vida de los hombres.

El verdadero enlace político consiste en el inmenso interés que se toma en mantener el gobierno adoptado. Sin esto no hay seguridad, familia, prosperidad, ni industria. Es ver con indiferencia asunto tan sublime, no procurar establecerlo ni radicarlo con el castigo y el escarmiento. Desentendernos de estos crímenes, es concurrir a ellos, fomentarlos y hacernos cómplices. Es lo mismo delinquir que no penar la acción criminal.

La tiranía, dice un filósofo moderno, es lenta en sus principios, pero terrible en su aumento. Una pequeña gotera en un edificio causa un mal que a penas se siente. Crece con el descuido, y ocasiona la ruina total. Esto que hoy parece despreciable, no castigado, ha de producir mayores desórdenes, y con el tiempo volveremos al detestable sistema de la arbitrariedad de los jueces. Hoy lo padece el pobre Farfán, mañana serán nuestros hijos envueltos en esta desgracia.

Y pregunto. ¿Si el primogénito de la casa de Peralta o de Concha hubiera sido capturado y detenido, quebrantando nuestros nuevos ritos, la materia se hubiera visto con indiferencia? Sin duda que no. Pues no habrá buen gobierno mientras que el príncipe y último de los vasallos no se contemplen igualmente seguros bajo el auxilio de las leyes. Pero yo en la agitación mayor de mi espíritu pronostico que esto nunca será: hemos sido esclavos y lo hemos de ser siempre. Con nuestras mismas manos nos formamos nuestras cadenas: no nos quejemos de que se nos oprima con ellas.

Los pensamientos del señor decano no me convencen. Si no he confundido las ideas, están reducidos a que la Constitución no puede tener lleno entre tanto no se nombren los jueces de letras; que Ochoa carece

de conocimientos forenses; que es menester distinguir las faltas de omisión y comisión; que es un hombre honrado y de buena intención: discurriré con ligereza sobre estos puntos.

He visto publicar la Constitución: la he jurado, he puesto el cumplimiento al reglamento y a las leyes posteriores. Todos estos actos han sido absolutos, no condicionales. Ninguno de nosotros es árbitro para limitar el tiempo en que deben correr los nuevos rescriptos. Ellos obligan desde su promulgación. Señalando la época de su valor, añadiendo calidades, declarando su valor y su sentido, usurpábamos su Poder primero, que es el Legislativo, o las atribuciones de otros tribunales supremos.

Ochoa carece de conocimientos forenses es cierto: pero no se requieren para saber el plazo en que debe tomar la confesión, y aquél en que debe dar cuenta al Tribunal de las causas criminales. Filangieri escribe los que debe tener el Juez de hecho, y dice que no son otros que aquella racionalidad que la naturaleza comúnmente no niega a ningún hombre. Si Ochoa carecía de ésta, no pudo ser Alcalde, y si la tiene debe contestar de sus acciones. Y es de notar, que el filósofo habla de Inglaterra donde los jueces de hecho deciden dos cuestiones que versan mucho con el Derecho; si las pruebas son legales, si el delito está probado. Pero como pueden consultarse y leer, son responsables de lo bien o lo mal juzgado.

No distingo los delitos de omisión de los de comisión, siempre que traen daño a la sociedad en general, o algunos de los individuos que la componen. Es lo mismo no dar la batalla con ánimo de vender la patria, que darla de modo que la patria quede vendida. Es lo mismo no dar el Alcalde de comer a un reo, que darle puñaladas. Los actos negativos y positivos contra nuestra Constitución son igualmente criminales.

La última disculpa en favor del Alcalde es la buena intención. Mucho penetra el señor Regente, pues lee los designios del espíritu. Pensaba de diverso modo un criminalista magistrado en nuestros días (Ricsi), él creía que la intención difícilmente puede descubrirse, que por lo regular el hombre manifiesta lo que no es. Raro es tener una índole tan generosa que salgan a sus labios los íntimos sentimientos de su corazón. Una acción mala se concibe que tiene en sí el dolor correspondiente a la ejecución, si no se prueba lo contrario. Que Ochoa tenga un gran obraje, que sea rico comerciante, que sepa cubrir sus créditos y palabras, que tenga proporciones para dar convites donde luzcan toda especie de aves y cuadrúpedos, esto no le canoniza para que mire con indiferencia un empleo que la patria le ha confiado, para que no sea confiado, para que no sea culpable, aunque quebrante las leyes; para que no sea un tirano indolente contra la humanidad oprimida.

Cuanto se alega en su favor, no le excepciona de la clase de delincuente, y nada me hará variar de dictamen, cuanto que la causa se le formalice por el señor Fiscal en los términos que le corresponde.

Este fue mi voto, señor, en las dos veces que se vio la causa.

Continuó el Alcalde quebrantando la Constitución, a su placer y las quejas dieron mérito a que el Tribunal mandase sacar testimonio de todos los expedientes en que la había quebrantado. El decreto fue del 25 de setiembre; hasta el 16 de noviembre, no pasó el Escribano de Cámara el proceso al señor Fiscal. Este dio su vista el 19 diciendo, que Ochoa por su honradez era digno de indulgencia. Se vio la causa al mes y medio. Querían el Regente y el Decano que se cortase con un apercibimiento. Quiso la casualidad, que en el mismo día se dio queja en la predicha causa de que en ella no se había actuado cosa alguna desde el 19 de octubre, habiéndose consumido el tiempo anterior en una competencia injusta con el Alcalde de primer voto. Teniendo esto presente, me fijé en que se debía poner diligencia por la oficina de cámara, si había dado cuenta de las causas criminales sobre que giraban los expedientes al Tribunal. En el momento se puso, y resultó no haber dado cuenta alguna.

Al Regente le había dado un magnífico convite, y al Decano le había regalado una excelente taza de China. Este viejo nombrado Dn. Pedro Cernadas, vende la justicia por cualquiera bagatela.